

Hubo un Borbón en la M.A.U.

FRANCISCO SERRA
Coronel de Intendencia del Aire

TUVE ocasión de tratarle sólo unos días —cuando él era Alumno de la M.A.U. en Villafraja—, y a pesar de que hace ya muchos años, guardo un grato recuerdo de Don Alfonso de Borbón y Dampierre. Era el mes de Julio de 1957, y como Teniente Profesor de la A.G.A., fui designado para acompañar a cinco Cadetes de la Civil Air Patrol, y a tres Franceses del Intercambio Europeo, en su visita a España. Los cadetes americanos venían acompañados con un Capitán de la U.S.A.F., y un Comandante de la C.A.P. Los Cadetes Franceses venían por libre.

Después de un par de días visitando Madrid y El Escorial, nos dirigimos a Burgos: y por estar en Villafraja la M.A.U. permanecemos más días que en las demás ciudades.

Para que los Cadetes visitantes confraternizaran más con nuestros alumnos, fueron alojados en Villafraja, en vez de en el Hotel —como sucedió en los demás sitios—, en el que nos alojábamos el Comandante, Capitán, los oficiales americanos, yo y dos operadores del NO-DO, que nos acompañaron durante toda la gira porque tenían que filmar lo más interesante para posteriormente montar un largometraje con el material de todos los países.

Aunque estaban en pleno Curso de Verano, designaron a ocho alumnos de la M.A.U. —que hablasen inglés o francés— para acompañar a los Cadetes en las visitas a Burgos y sus monumentos. Uno de ellos fue Don Alfonso, que conocía ambos idiomas mejor que el español, que, aunque lo hablaba correctamente, lo hacía con un ligero acento.

Los cadetes americanos se sentían muy complacidos de tener un compañero como Don Alfonso.

— “¡Un Príncipe!” —decían ellos— “¿Será Rey” —me preguntaban—.

Y en este punto, Don Alfonso tenía una idea muy clara de su posición, como se verá a continuación.

La primera visita fue a la Catedral.

Los periodistas locales, que consideraban noticia la estancia de los cadetes extranjeros, en la reseña de esta primera visita destacaron la presencia de “Su Alteza Real el Infante Don Alfonso de Borbón”.

No le agradó leerlo en la prensa, y me rogó que pidiese a los periodistas que omitiesen, en el futuro, un tratamiento que no le correspondía, pues no era Infante de España, aunque sí era nieto de Alfonso XIII.

Transmití su deseo a los periodistas, y no volvieron a darle el tratamiento de Alteza Real, que años más tarde le fue concedido con el Título de Duque de Cádiz.

Visitamos también las puertas de la antigua muralla, San Martín y el arco de Santa María, el Monasterio de las Huelgas, y la Cartuja de Miraflores. En ésta le saludó muy respetuosamente un monje, que había sido secretario de su abuelo, el Rey. Y según me informó luego Don Alfonso pertenecía a una de las familias principales de Jerez, posiblemente, me dijo, a la Domecq.

Realmente fue interesante ver esos monumentos y algunos más, aunque los Cadetes americanos se quejaban amargamente diciendo: (1) “Lieutenant, old stones ¡no more, please!” y eso que sólo habían visto El Escorial —además de Burgos— y aún nos quedaban cuatro ciudades más.

Durante esas visitas conversé bastante con Alfonso de Borbón y pude conocerle mejor, sobre todo cuando nos acompañaba a cenar en el Hotel y después proseguíamos la charla tranquilamente en los cómodos butacones del salón.

Me hablaba de su abuela, con el cariño de cualquier nieto por la suya, con la diferencia de que había sido la Reina de España; le gustaba vivir con ella en su villa de Lausana, a orillas del Lago Lemán, por la tranquilidad que allí se respiraba. Consideraba que era el lugar más apacible que conocía y en donde se olvidaba de sus problemas.

Otra persona por la que sentía un gran afecto era su prima Sandra de Torlonia, a la que consideraba encantadora y con mucha personalidad.

También me comentó sus preferencias por una cara bonita en la mujer, más que por su cuerpo, pues decía que la cara se veía a todas horas, y el cuerpo no.

Me confió sus temores de si saldría Oficial o no, pues para ello tenía que sacar muy buenas notas, y tenía sus dudas. Y al preguntarle si es que no llevaba bien el Curso, me respondió que sí, pero que le preocupaba su dificultad de escribir en castellano: tenía faltas de ortografía, ya que eran sus primeros estudios en España, y antes lo escribía poco.

Al comentar el tema con mis compañeros —que eran sus Profesores— la opinión fue unánime: “—Que no se preocupe Don Alfonso. Comprendemos que haga faltas en los exámenes escritos”.

También coincidieron en lo ejemplar de su comportamiento.

Durante una de esas charlas distendidas en el salón del Hotel, se sentó próximo a nosotros un grupo de inglesitas quinceañeras y comenzaron a jugar al trabalenguas: “The Prince of Wales has lost his tail and he



El cámara de NO DO José L. S. de Blas, cámara en mano, enfoca a Don Alfonso y a los cadetes americanos y franceses en el Monasterio de las Huelgas (Burgos).

can't find it" (2), y la que se equivocaba tomaba un trago del cubata respectivo. Las niñas nos invitaron a unirnos al grupo y participar en el juego. Alfonso y yo así lo hicimos. Fue muy divertido, y terminamos todos muy alegres.

Terminadas las visitas, algunas tardes paseábamos por El Espolón y tomábamos cerveza en alguna de las terrazas; como no cabíamos todos en una mesita, nos repartíamos en varias, y casi siempre coincidíamos con Don Alfonso el Cadete Bob Hotchkiss y yo, y era evidente el interés que las chicas mostraban por Don Alfonso y el éxito que tenía con ellas. Muchos años después volví a tratar a Bob en U.S.A., y a su simpática familia.

Los del NO-DO filmaron muchos metros de celuloide, y los periodistas y los visitantes dispararon incansablemente los "flashes" sobre el "Príncipe" durante nuestra estancia en Burgos, y como consecuencia conservo algunas fotos, y, sobre todo, el recuerdo de unos días en que conocí y traté a un joven Borbón de singular personalidad: a primera vista parecía introvertido y algo tímido, pero dejaba de serlo cuando se sintonizaba con él; con su permanente esbozo de sonrisa me contó las cosas que he relatado y algunas más que no dejaron tanta huella.

Estos recuerdos acuden a mi mente ahora, cuando recientemente su vida ha sido segada por un cable en las pistas de esquí, deporte al que últimamente había dedicado su atención como Presidente de la Federación Nacional. La prensa sensacionalista se ha compadecido de su mala suerte, sacando a relucir desde su infancia desgraciada hasta la desafortunada etapa final de su vida, olvidándose que también tuvo muchos momentos felices: algunos me los contó, de otros fui testigo, y otros los lei en las "revista del corazón".

Lo que sí puedo afirmar es que Don Alfonso de Borbón fue feliz entre sus compañeros de la M.A.U., que supieron apreciar sus cualidades, y también con las chicas que en Burgos se lo rifaban. ■

(1) Teniente, por favor, ¡no más piedras viejas!

(2) El Príncipe de Gales ha perdido su cola, y no la puede encontrar.